

Políticos de verde olivo: Apuntes sobre el militarismo latinoamericano y su influencia política en las últimas décadas*

Olive green politics: Notes about the Latin American militarism and political influence in the last decades

FELIPE NESBET MONTECINOS**

Resumen

Desde que América Latina existe, los militares han estado presentes en la política de todos los países de la región, variando de un país a otro, pero nunca ausentes. En la actualidad,

* Este trabajo es parte de la tesis de Magíster del Postgrado de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) titulada "Influencia militar reformista en América Latina (1992-2007). Casos de Ecuador, Perú y Venezuela". Por ende, se señalan algunas de las entrevistas que el autor mantuvo con oficiales y dirigentes políticos en estos tres países.

** Calafquén, psje. 4, #590, Valdivia, Chile. E-mail: felipenesbet@gmail.com.

las Fuerzas Armadas, como instituciones, están alejadas de la toma de decisiones políticas, pero los militares, como oficiales en retiro, siguen participando activamente en la política latinoamericana. Recientemente, un militar retirado en Perú ganó las elecciones presidenciales. La intención del presente artículo es exponer algunas de las características de la participación política de los militares latinoamericanos, y analizar la presencia castrense en el actual escenario político regional.

Palabras clave: militares, Fuerzas Armadas, América Latina, política, golpes de estado.

Abstract

Since Latin America there the militaries have been present in the politics of all countries in the region, varying from one country to another, but never absent. Today the armed forces as institutions are far from the political decision-making, but the military, as the retired officers, remain actively involved in Latin American politics. Recently a retired military officer in Peru won the presidential election. The intention of this article is to present some of the characteristics of political participation of Latin American militaries, and analyze the current military presence in regional political scene.

Key words: military, Army Forces, Latin America, politic, coup d'état.

Introducción

A cambio del monopolio de las armas, la teoría de la democracia-liberal exige que los órganos castrenses tengan que estar al margen

de los asuntos políticos¹. En un continente como América Latina, donde existe un casi congénito déficit democrático (Alcántara 1991), la participación militar en política, lejos de ser la excepción se ha convertido en la tónica a lo largo de la historia. Por algo, en algunos países, se dice que las Academias Militares son verdaderas academias de presidentes.

El 2009 revivieron los fantasmas del 'gorilismo' latinoamericano, como se denomina en forma despectiva al golpismo derechista. Fuertes rumores señalaban que se tramaba un golpe de estado contra el gobierno social-demócrata guatemalteco. Aunque en Guatemala sólo sonaron las alarmas, en la vecina Honduras la amenaza fue real. La decisión del presidente izquierdista Mel Zelaya² de implementar una cuarta urna sobre la reelección presidencial en los próximos comicios presidenciales, fue desconocida por las Fuerzas Armadas, encargadas de organizar las votaciones (atribuciones existentes en muchos países latinoamericanos; una pequeña muestra del poder de los militares en las estructuras estatales), que se ciñeron a las disposiciones del Parlamento y el Poder Judicial, que rechazaban el plebiscito. Como respuesta, Zelaya destituyó al general Romeo Vásquez, jefe del Ejército, lo que fue desconocido por el Congreso y la judicatura. La madrugada

del día de las elecciones un comando militar ingresó a la residencia presidencial y lo empujó (literalmente) a firmar su renuncia y salir del país. Aunque las Fuerzas Armadas entregaron el poder al presidente del Congreso, mantenían un enorme peso en la toma de decisiones políticas hondureñas.

Al año siguiente, Ecuador fue víctima del golpismo. En septiembre de 2010 el presidente Rafael Correa fue secuestrado por policías amotinados, tras apersonarse, imprudentemente, en su cuartel. Sin el respaldo de unidades militares importantes, salvo algunos contingentes de la Fuerza Aérea, horas más tarde el Ejército rescató al presidente. Aunque este episodio demostró que la mayoría de la oficialidad ecuatoriana es respetuosa de la institucionalidad, aún existen sectores dispuestos a insubordinarse contra un gobierno que no responde a sus demandas corporativas. Muestra de ello fue la demora de un par de horas del alto mando castrense en pronunciar su respaldo al Presidente.

Al momento de escribir estas líneas, un oficial retirado³, el teniente coronel (comandante en jerga militar) Ollanta Humala, ganó las elecciones presidenciales en Perú, con lo que dentro de poco dos países de la región serán gobernados por militares (Venezuela y Perú)⁴, mientras que en otros dos encabezan la oposición interna (Ecuador y Guatemala), con amplias opciones de ocupar la presidencia en un futuro inmediato.

¹ El primer teórico occidental que planteó esta necesidad fue Platón. El célebre filósofo griego sostenía que los guerreros, como él los denominaba, tenían que dedicarse exclusivamente a sus funciones bélicas, dada la importancia de su labor para la integridad de la polis. Por el monopolio de las armas que ostentaban, Platón creía que los guerreros tenían que ser dependientes económicamente de la polis, incluso, dijo que no deberían tener propiedades. Además, sus jefes deberían ser cuidadosamente vigilados.

² Zelaya era miembro del centroderechista Partido Liberal, y llegó a la presidencia con un discurso afín a esta militancia. Su interés en conseguir petróleo barato lo llevó a sumarse a la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de nuestra América (ALBA), que lidera el gobierno venezolano, y adoptar una línea más izquierdista.

³ En estricto rigor, no existen los ex-oficiales. Casi todas las disposiciones castrenses establecen que los militares que dejan su institución están en condición de pasivos, por lo que siempre, aunque hayan jubilado, pueden ser llamados nuevamente a la actividad ante la eventualidad de un conflicto armado.

⁴ Tampoco hay que olvidar que el actual gobierno cubano está regido por viejos generales, liderados por Raúl Castro, que, aunque en estricto rigor no es un militar, con cuarenta años en el ministerio de defensa cubano tiene una clara fisonomía castrense.

Nunca se fueron

El repliegue militar a sus cuarteles a principios de los 90', cuando se acabaron las dictaduras militares, no implicaba, en la mayoría de los casos, que las entidades armadas perdieran su poder. Mantuvieron una autonomía casi absoluta en sus asuntos, expresada en la permanencia de un oficial activo en el ministerio de defensa (México, Cuba, Venezuela y Guatemala, y hace algunos lustros también en Perú, Ecuador, Paraguay y Colombia), y las propias constituciones señalaban que las Fuerzas Armadas tenían la función de colaborar con el desarrollo nacional, lo que se presta para que los militares tengan intereses en algunas áreas de la economía. El caso más paradigmático es el ecuatoriano, donde cada institución armada (Ejército, Marina y Aviación), tiene un verdadero holding de empresas con ramificaciones en sectores tan alejados de las temáticas castrenses como la exportación de flores y la hotelería. Hasta en la educación los militares han intervenido: en Perú, Ecuador y Venezuela existen Universidades cívico-militares, en las cuales se respetan principios de la disciplina militar.

La amenaza del narcotráfico ha llevado a los aparatos de defensa a labores de seguridad pública, propios de las fuerzas policiales. El caso más notorio es México, donde el problema del narcotráfico ha alcanzado mayores magnitudes. Con su despliegue en buena parte del país, el Ejército mexicano ha pasado a ser un importante factor en la correlación de fuerzas del país azteca a favor del gobierno derechista de Felipe Calderón.

Desde los años 60' hasta fines de los 90', las Fuerzas Armadas latinoamericanas actuaron

de forma corporativa, lo que implicaba que las instituciones castrenses pasaban a dirigir la administración pública y los comandantes en jefes la presidencia, lo que se expresó tanto en experiencias reformistas (por no catalogarlas de izquierdistas ni progresistas por sus rasgos autoritarios) como en Perú, Ecuador, Bolivia y Panamá, y las dictaduras derechistas de Chile, Argentina y Uruguay. En las últimas décadas la participación militar en política ha abandonado este cariz institucional, para regresar a una tendencia más caudillista. En medio de las constates crisis sociopolíticas existentes en la región, grupos de oficiales, organizados secretamente en logias (recordemos que los militares tienen prohibido participar en política), se sumaron a las críticas sociales al gobierno de turno, y a su propio alto mando, cómplice de la penosa situación que vive buena parte de la población. En la mayoría de estos casos, grupos políticos civiles instaron a los militares a actuar; “van a golpear la puerta de los cuarteles”, como se dice en el léxico político latinoamericano. Este escenario se da en los dos fallidos golpes contra Carlos Andrés Pérez en Venezuela en 1992⁵, y contra Hugo Chávez en 2002; el intento de golpe de Estado del general Lino Oviedo en Paraguay en 1996, repetido el 2000 (esta vez con Oviedo como instigador desde el extranjero); la rebelión de la oficialidad ecuatoriana contra el gobierno neoliberal de Jamil Mahuad el 2000; y el alzamiento de los hermanos Ollanta y Antauro Humala contra el moribundo régimen de Alberto Fujimori el 2000.

⁵ La primera de esas asonadas ocurrió en febrero y fue protagonizada por la organización militar clandestina Movimiento Bolivariano Revolucionario-200 (MBR-200), liderado por el comandante Hugo Chávez. El segundo se realizó en el mes de noviembre, en el que participaron elementos de las tres ramas de las Fuerzas Armadas, además de organizaciones civiles ultraizquierdistas.

Aunque sólo los militares ecuatorianos lograron triunfar en estas acciones (o sea deponer al gobierno contra el que se levantaban), todos los oficiales que lideraron estas asonadas se convirtieron en sendas figuras políticas en sus respectivos países. Es llamativo observar que, a diferencia de muchos fenómenos políticos con gran éxito electoral pero corta data⁶, ninguno de estos políticos con uniforme desapareció de la escena, pese a sus traspies iniciales, que a algunos los llevaron hasta a la cárcel.

El primero de esta nueva generación de políticos de verde olivo fue el mayor Aldo Rico, veterano de Las Malvinas, que en 1987 se sublevó contra el gobierno de Raúl Alfonsín, encabezando el movimiento de los Carapintadas. Amnistiado por Carlos Menem, fundó el Movimiento por la Dignidad y la Independencia (MODIN) con el cual llegó al Parlamento. Sin éxito en la extrema derecha, Rico se vinculó al Partido Justicialista (PJ) (fundado por otro militar, el general Juan Domingo Perón), llegándose a aliar con la línea progresista representada por la presidenta Cristina Fernández. Tal vez en su viraje ideológico, Rico quiso seguir el ejemplo de su camarada venezolano Hugo Chávez⁷. Tras liderar uno de los fracasados intentos de golpe contra Pérez en 1992, pasó unos años en la cárcel. Ya en libertad se presentó a las elecciones presidenciales de 1998, apoyado por organizaciones izquierdistas, donde sorprendentemente llegó a la presidencia. Ese mismo año, en Paraguay, Lino Oviedo ganó la nominación presidencial de la hegemónica

Asociación Nacional Republicana (ANR), más conocida como Partido Colorado, pero, por su anterior intento golpista, la Constitución le impidió presentarse en las elecciones. Una situación similar vivió el general Efraín Ríos Montt, ex-dictador guatemalteco (1982-1983), cuando tenía la primera opción de volver al poder en 1996. Su par boliviano, el también ex-dictador militar Hugo Banzer (1971-1978), no sufrió estos impedimentos y en 1997 regresó a la presidencia como un mandatario constitucional.

En 2003, el coronel Lucio Gutiérrez en Ecuador, que había liderado el alzamiento contra Mahuad el 2000, y, al igual que Chávez, también pasó un tiempo en la cárcel, se sumó a la lista de presidentes-militares. En Perú, sólo la alianza entre el Partido Aprista peruano (PAP) y la derecha (enemigos irreconciliables por décadas) pudieron impedir que Ollanta Humala gane las elecciones del 2006. Tras la derrota Humala conformó el Partido Nacionalista Peruano (PNP), que representó una oposición de izquierda al gobierno de Alan García (cuyo primer vicepresidente es un militar, el almirante Luis Giampietri). Aunque aparecía con pocas opciones en las elecciones presidenciales de 2011⁸, Humala ganó en primera vuelta, y en la segunda fase se impuso por estrecho margen a Keiko Fujimori, la hija de Alberto Fujimori.

Aunque el gobierno de Gutiérrez en Ecuador concluyó prematuramente en 2005, fruto de fuertes protestas sociales, el partido que él fundó y lo llevó a la presidencia, Sociedad Patriótica (PSP), se mantiene como la segunda fuerza política del país. La presencia castrense

⁶ En Chile existen dos ejemplos claros de estos fenómenos electorales de corta data: Francisco Javier Errázuriz, que obtuvo un millón de votos en las elecciones de 1990, y Marco Enríquez-Ominami, tercera mayoría en los pasados comicios presidenciales del 2009.

⁷ En efecto, se supo de cartas entre los Carapintadas y Chávez, antes de que éste llegue al poder.

⁸ Un mes antes de las elecciones, las encuestas ponían a Humala cuarto en las intenciones de voto, por lo que muchos analistas, incluido este autor, pensaron que el comandante pasaría a la historia sin pena ni gloria.

en la política ecuatoriana no se limita a Gutiérrez. Otros oficiales, como los generales Paco Moncayo, miembro de la Asamblea Nacional, el coronel Luis Hernández de Red Ética y Democracia, y el general José Gallardo, que está formando una opción de centro, son referentes políticos del país. Mientras que en Paraguay el general retirado Lino Oviedo conduce la tercera fuerza política nacional, la Unión Nacional de Ciudadanos Éticos (UNACE).

En la región centroamericana el fenómeno se repite. En Guatemala el Frente Republicano Guatemalteco (FRG), la entidad que respaldaba a Ríos Montt, se mantuvo como una de las fuerzas políticas más importantes del país. Sin embargo, en las últimas elecciones presidenciales del 2007 no encontró un liderazgo que relevara al viejo Ríos Montt. Esto dio pie para que el ex-comandante en jefe del Ejército, Otto Pérez Molina, emergiera en el escenario electoral bajo el flamante Partido Patriota Guatemalteco (PPG).

En el actual gobierno guatemalteco algunas dependencias públicas como la Secretaría de Asuntos Administrativos y de Seguridad (SAAS) y la Secretaría de Asuntos Estratégicos (SAE) están plagadas de oficiales en retiro. Evo Morales en Bolivia ha ampliado la presencia militar en la estructura estatal, dejando en sus manos la administración del sistema de aduanas y designando a un oficial activo como prefecto (jefe político) de un departamento (provincia). Por su parte, en Honduras los militares también han entrado en la administración pública. Tras pasar a retiro, el general Romeo Vásquez fue designado presidente de la Empresa Hondureña de Telecomunicaciones (Hondutel). No obstante, no toda la oficialidad hondureña sigue al actual gobierno. Una desconocida agrupación, llamada Movimiento de Oficiales

Superiores y Subalternos de las Fuerzas Armadas de Honduras (MOSUSU), lanzó una declaración a la prensa criticando el Golpe de Estado contra el presidente Zelaya, y la politización a la que llevó el general Vásquez a las Fuerzas Armadas (Nueva Radio 2009).

Izquier! Derer!

El caso hondureño demuestra claramente que, a pesar de que en las instituciones castrenses se respetan las órdenes sin el más mínimo cuestionamiento, existe una diversidad de posturas sociopolíticas que, en cierta medida, imitan las diferencias políticas de la sociedad civil. En efecto, en los personajes y sus movimientos anteriormente señalados se observan diversos lineamientos político-ideológicos, que son parte de la historia del militarismo latinoamericano. Primero la izquierda antineoliberal y pro-castrista en la figura de Hugo Chávez, que se fue radicalizando con el tiempo. En un inicio los hermanos Humala propugnaban por un cuasifascismo andino, llamado etnocacerismo, que aún defiende Antauro (actualmente en la cárcel), pero Ollanta decantó hacia una izquierda nacionalista moderada; la mejor muestra de ello es su cercanía hacia el ex-presidente brasileño Lula da Silva. Lucio Gutiérrez también fue un líder militar progresista cuando derrocó a Jamil Mahuad el 2000 y en los inicios de su período presidencial (2003-2005), pero pronto viró a posiciones centroderechistas en las que se mantiene en la actualidad. El PPG guatemalteco está más a la derecha, y su discurso pone énfasis en el combate a la delincuencia. Mientras el FRG es un claro populismo de derecha, fuertemente anticomunista, con un discurso moralista, vinculado al mundo evangélico, por lo que

no está absolutamente identificado con el neoliberalismo ni el empresariado⁹. La UNACE paraguaya es tan anticomunista como FRG, pero no deja apelar a la demagogia populista con fines electorales.

A diferencia de lo que pueda pensarse, no en todas estas entidades la presencia uniformada es significativa, ni en la militancia, ni entre sus dirigentes. En el PNP y la UNACE solamente su líder y algunos otros dirigentes son militares. En el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), que congrega a todos los respaldos del gobierno chavista, el FRG y el PPG, la presencia uniformada es mayor, pero no mayoritaria. Mientras en el PSP ecuatoriano toda la dirigencia corresponde a oficiales, aunque dentro de la militancia su número es muy exiguo. Sin embargo, en todas estas organizaciones se observan algunos rasgos claramente castrenses. La fuerte estructura interna, verticalidad organizativa, y la gran dependencia de la figura del líder (curiosamente este fenómeno es menos potente en uno de los más derechistas, el PPG, que no es presidido por el general Pérez). El movimiento etnocacerista se estructura mediante comandos nacionales. El PSUV se organiza electoralmente en batallones, escuadrones, pelotones y las Unidades de batalla electoral (UBES). De hecho, la campaña por la reelección de Chávez el 2006 se denominó “la Batalla de Santa Inés”, en alusión a los combates del líder federalista Exequiel Zamora, uno de los ídolos históricos de Chávez.

⁹ Durante su breve administración Ríos Montt tuvo problemas con la Coordinadora de Asociaciones Agrícolas, Comerciales, Industriales y Financieras (CACIF), principal órgano empresarial del país. Cuando el equipo económico de gobierno elaboró una reforma fiscal que introducía el IVA, se estudió una tímida reforma agraria y se apostó por mantener la paridad del quetzal con el dólar. Ríos acusó al CACIF de “falta de patriotismo” y le advirtió que en Guatemala sólo existían dos sectores, “los explotados y los explotadores”.

¹⁰ Hasta hace algunos años la edad de ingreso a las Escuelas Militares era entre 12 y 17 años. Por normativas internacionales ya no se

Resulta casi natural que, personas criadas desde su juventud¹⁰ en entidades de una disciplina tan férrea, traten de imitarla en sus organizaciones políticas. Chávez y Humala reorganizaron sus soportes políticos que dejaron de ser “movimientos”, lo que implicaba una organización más laxa y un liderazgo más compartido, a ser “partidos”, que son entidades más estructuradas.

Es llamativo notar que en los partidos más derechistas (FRG, PPG y UNACE) el liderazgo recae en generales, el centroderechista PSP es encabezado por un coronel, y las entidades más izquierdistas son lideradas por comandantes (PSUV y PNP). Es común en la historia latinoamericana observar esta diferencia entre el alto mando y la oficialidad media. Los primeros, más ligados a las oligarquías locales y que ostentan una posición social privilegiada, tienden naturalmente hacia la derecha¹¹. Por su parte, la oficialidad joven, que muchas veces no tiene un pasar económico muy solvente por lo que sufre en carne propia los efectos de las constantes crisis económicas latinoamericanas, se identifica con las demandas por reformas sociales¹².

aceptan a cadetes menores de 17 años. No obstante, en muchos países latinoamericanos existen colegios secundarios a cargo de militares, donde se imparte una disciplina militarizada, pero sin las exigencias cuartelarias.

¹¹ Por supuesto, han existido muchos casos de comandantes derechistas: los carapintadas argentinos que intentaron derrocar a la democracia, y el mayor Roberto D'Aubuisson, jefe de los escuadrones de la muerte salvadoreños. También han existido generales de ideas reformistas, anteriormente hicimos mención a los populismos militares, pero también podemos añadir a Juan Domingo Perón, por más que haya tenido una influencia fascista, el general uruguayo Liber Seregni, uno de los fundadores del Frente Amplio, y el general de aviación ecuatoriano Frank Vargas, que en 1987 se levantó contra el gobierno derechista de León Febres-Cordero (su compadre), y fue varias veces candidato a la presidencia por la izquierda.

¹² “Bien, yo le expliqué que para mí los militares eran los hombres que reprimían, Hugo me respondió: «Nosotros somos distintos a lo que tú crees ¿Tú piensas que yo no hago un mercado (salir de compras) como lo hacen todos? ¿Crees que no tengo sensibilidad social, como la puedes tener tú?»”. Entrevista a Herma Marksman, ex-amante de Chávez (Garrido 2002:161).

Regreso a paso redoblado

Una de las explicaciones más comunes para referir el militarismo en la política latinoamericana se relaciona con el llamado déficit democrático en América Latina. De hecho, uno de los principales componentes de este fenómeno es el escaso control civil de las instituciones armadas y la participación castrense en cuestiones ajenas a sus tareas defensivas (Alcántara 1991). No es casualidad que en los países latinoamericanos donde la democracia goza de mayor respaldo (Uruguay, Costa Rica, donde no hay Fuerzas Armadas, Argentina, Chile y Panamá) casi no exista presencia militar en la política interna. Mientras en los países en los que el sistema democrático presenta menores índices de apoyo (Perú, Honduras, Guatemala y Paraguay), la presencia militar en la política es relevante. La misma relación se da en torno al respaldo a un golpe militar. Para el 2008, el 51,6% de los hondureños y el 47,4% de los ecuatorianos apoyaría un golpe de Estado (Córdova *et al.* 2010).

Para explicar el regreso castrense a la política, de acuerdo a sus distintas tendencias, presentamos algunas hipótesis. El chavismo venezolano, Gutiérrez en su primera etapa en Ecuador y el nacionalismo peruano de Humala llenaron el vacío de las organizaciones progresistas históricas, que en los 90' entraron en un gran descrédito social producto de la corrupción y derechización de sus políticas. Chávez y Gutiérrez cosecharon votos entre los huérfanos de las principales organizaciones centroizquierdistas de sus países, Acción Democrática (AD) e Izquierda Democrática (ID) respectivamente, que entraron en decadencia y/o adoptaron una política neoliberal, que los alejó de su electorado popular. En la elección

de 2006 Humala también tomó votos de los ex-adherentes del Partido Aprista Peruano (PAP) principal organización progresista, del fujimorismo y los desencantados con el gobierno de Alejandro Toledo (2001-2006). En la pasada elección se hizo más evidente el trasvase de sectores que históricamente se identificaban con el aprismo, que en estas elecciones no presentó candidato y había adoptado una línea netamente derechista.

La irrupción de militares reformistas en estos países se vincula por la larga tradición de progresismos militares, que se remonta a los años 20' con la participación de oficiales venezolanos contra la dictadura de Juan Vicente Gómez (1908-1935), la revolución juliana en Ecuador (1925-1932) con claros tintes modernizadores, y la rebelión de los indígenas dirigidos por el sargento mayor Teodomiro Gutiérrez Cuevas en 1915, que adoptó el nombre de *Rumi Maqui* (mano de piedra en quechua) en Perú.

Por el lado de la derecha, los militares siguen aprovechándose de la incapacidad de las oligarquías latinoamericanas para desarrollar y dirigir sus propios proyectos políticos, y la ausencia de figuras civiles con alta popularidad, capaces de convertirse en candidatos viables. Esto lleva a la derecha a ir a golpear los cuarteles para pedirles a los generales que los representen en las urnas. El caso más sintomático es el del coronel Lucio Gutiérrez. En las elecciones del 2008 la derecha ecuatoriana no encontró ningún candidato para, por lo menos, restarle votos a Correa. Como el mal menor, terminaron apoyando a Gutiérrez, olvidándose de su pasado como golpista de izquierda, su color de piel (que a muchos les desagradaba) y sus ataques a la oligarquía en los estertores de su

presidencia. Conscientes de la imposibilidad de vencer el liderazgo de Evo Morales, la derecha boliviana volvió a recurrir a un militar: el capitán en retiro Manfred Reyes Villa, ex-prefecto de Cochabamba y ex-candidato presidencial. La jugada no tuvo mucho éxito, y en las elecciones presidenciales del 2009 Morales superó a Reyes por 36 puntos¹³.

La presencia de los militares en los más aislados rincones de la geografía latinoamericana, es otra razón que explica la alta votación que tienen los oficiales en retiro. En lugares donde no existe ninguna dependencia estatal siempre llega el Ejército, y sus hombres ejercen de profesores, médicos, entre otras labores¹⁴. Hacia décadas que los militares ecuatorianos venían conviviendo con las comunidades indígenas, lo que facilitó el entendimiento indígena-militar en la caída de Mahuad y la elección de Gutiérrez. De hecho, todavía Sociedad Patriótica es el partido más votado por los indígenas ecuatorianos. En el caso peruano fue muy relevante la colaboración en la lucha interna contra la guerrilla maoísta de Sendero Luminoso. Aunque la represión militar fue brutal, la violencia revolucionaria superó a los militares, por lo que la población comenzó a confiar más en ellos (Méndez 2006). Por algo en las elecciones de 2011 Humala superó ampliamente a Fujimori en todas las regiones serranas¹⁵. En Guatemala miles de jóvenes recibieron adoctrinamiento

anticomunista, lo que los llevó a identificarse con el Ejército y el rechazo a todo lo que tenga un olor a reformismo. Resulta natural que muchas de estas personas más tarde apoyaran al FRG o al PPG, los partidos dirigidos.

Su propia marginación de los asuntos públicos los alejó en la corrupción e ineficiencia que abunda en la política latinoamericana. Por esta razón, las instituciones castrenses están en los primeros lugares de aceptación pública en la mayoría de los países latinoamericanos, junto con la Iglesia, situándose muy por encima de los partidos políticos, los sindicatos y la policía. En efecto, el afán por mantener su imagen impoluta es un argumento de los militares constitucionalistas para no entrar en la política contingente, ni en la administración pública.

Políticos con uniforme y uniformados políticos

Siguiendo la psicología freudiana, las masas altamente organizadas, como el Ejército y la Iglesia, necesitan de la presión externa para permanecer unidas. Dicha presión viene de la figura del “jefe”, y cuando esta figura desaparece, la organización entra en descomposición (Freud 1995). El caso del chavismo venezolano es el más paradigmático. De todos los oficiales que estuvieron con Chávez en el frustrado golpe del 2 de febrero de 1992, ninguno ahora está con él; con la notoria excepción del comandante Francisco Arias Cárdenas. Ambos oficiales compartían el liderazgo del movimiento bolivariano. Aunque Chávez era el más activo, Arias tenía mayor antigüedad, un aspecto clave para determinar la autoridad castrense. Ya en la cárcel ambos oficiales entraron en disputas.

¹³ Tras la derrota el capitán escapó hacia Estados Unidos, para evitar ser juzgado por corrupción.

¹⁴ Cuando estaba destinado a una unidad en la Sabana, en la frontera con Colombia, a veces tenía que recibir a mujeres que me decían: “teniente, mi marido me golpea, qué hago”. Ves, hasta de consejeros matrimoniales teníamos que hacer”. Entrevista con el General venezolano Raúl Baduel.

¹⁵ De hecho, Humala tuvo una de sus más altas votaciones (66,2%) en el departamento selvático de Madre de Dios, donde se le acusó de cometer excesos en los años en los que estuvo combatiendo a Sendero Luminoso como militar.

El 2000 Arias organizó su propio movimiento opuesto al chavismo¹⁶. Pero el 2005 volvió a entrar en diálogo con el presidente, y se sumó a la administración pública, siendo embajador en las Naciones Unidas, y más tarde viceministro de Relaciones Exteriores para América Latina. Por supuesto, estos conflictos también se explican por la evidente personalidad conflictiva de Chávez.

Entre los hermanos Humala también ha existido este tipo de problemas. La asonada de Andahuaylas del 2005, ejecutada por Antauro mientras Ollanta oficiaba de agregado militar en Corea del Sur, separó las aguas entre ambos. La moderación que adoptó Ollanta como candidato presidencial, dejando el rótulo “etnocacerista” por “nacionalista”, molestó a Antauro, detenido por la insurrección, que lo llegó a tratar de “maricón”. Por su parte, entre los militares ecuatorianos que derrocaron a Mahuad también se generaron divergencias entre Gutiérrez y el coronel Jorge Brito. Al igual que Chávez y Arias, fue en la cárcel donde se iniciaron las diferencias. Brito aceptó ser asesor de seguridad en el gobierno interino de Gustavo Noboa (2000-2003), mientras Gutiérrez se presentó en las elecciones presidenciales.

La larga permanencia en instituciones de tipo castrense determina en gran medida el pensamiento sociopolítico de estas figuras. Por ende, ningún político-militar se puede entender desligado de su calidad de oficial militar. Como la concepción bélica, el escenario para el cual son preparados, se sustenta en la dicotomía amigo-enemigo, sin ver matices; en la política los militares mantienen esta lógica. Por esta

razón entendemos la nula negociación de Chávez con la oposición, y los problemas que Gutiérrez tuvo en su gobierno con sus aliados izquierdistas e indígenas, con quienes terminó rompiendo.

El proyecto etnocacerista es el proyecto familiar de los Humala, pero la permanencia en las instituciones militares no podía menos que influir el pensamiento de Antauro y Ollanta. El chauvinismo de Antauro Humala es el chauvinismo militar que añora recuperar las provincias perdidas en la Guerra del Pacífico (1879-1883). Aunque sean muy críticos con la corrupción existente en las Fuerzas Armadas peruanas bajo el régimen de Fujimori, en los hermanos Humala prima el *esprit de corps* (espíritu de cuerpo) que los lleva a defender a su institución de las acusaciones de violaciones a los derechos humanos en la guerra interna contra Sendero Luminoso. Este concepto significa la unión monolítica de los militares ante las adversidades propias de la guerra. Karl von Clausewitz (1999), que acuñó esta idea en el siglo XIX, lo establecía netamente en el contexto bélico, pero las Fuerzas Armadas lo trasladaron a las relaciones con el poder político y la sociedad civil.

El sentimiento corporativo castrense traspasa barreras ideológicas y nacionales. Aunque en las filas militares ecuatorianas prima el reformismo, existe gran estima hacia el ex-dictador chileno Augusto Pinochet, que trabajó en la Academia militar quiteña. Velasco Alvarado y Antauro Humala admiran mucho a Charles de Gaulle, muy alejado de las posturas de ambos, y Chávez defiende al ex-dictador militar Marcos Pérez Jiménez (1952-1958), al que considera el mejor presidente de la historia de Venezuela.

¹⁶ El 2002, en medio de la más grave crisis del gobierno chavista, Arias dijo en cámara que su antiguo compañero bolivariano era como la gallina que tenía tomada del pescuezo.

Por el verticalismo e irrestricto respeto al orden, inherentes a las instituciones castrenses, es casi natural que en los gobiernos militares se exprese una cierta dosis de autoritarismo:

por definición, el ejercicio militar del poder ejecutivo tiende inexorablemente al autoritarismo. Y en verdad, no podría ser de otra manera, dadas las características de la organización matriz de los hombres y mujeres de uniforme en organizaciones gubernamentales, centrada como está la garantía de su operación en la concepción de un sistema donde órdenes e instrucciones deben cumplirse sin dilación, aún cuando *a posteriori* se intente discutir las (Buttó 2005:142-143).

Por supuesto, esto también se expresa entre los militares progresistas; la excepción a la regla es el gobierno progresista del coronel Jacobo Arbenz (1950-1954) en Guatemala. Esto se hace evidente en el régimen chavista, aunque está lejos de ser una dictadura, como sostienen algunos medios derechistas. Chávez dista de ser un ejemplar líder democrático, atacando a la prensa opositora e ignorando toda posición contraria.

Nacionalistas por sobre todo

Los militares pueden ser de izquierda o derecha, católicos o protestantes, liberales o conservadores, pero siempre son nacionalistas. La nación es el fundamento ideológico de todo Ejército. Toda milicia lucha por una nación, ya sea para defenderla (en el caso de los Ejércitos de países constituidos), reconstruirlas (en el caso de las organizaciones separatistas) o crearlas (lo que intentan hacer las milicias separatistas). El nacionalismo castrense se demuestra en la defensa de los recursos naturales, que para los militares es un recurso estratégico en un eventual conflicto bélico. No es de extrañar, que la primera nacionalización de los hidrocarburos en el continente, la realizara el coronel boliviano

David Toro en 1937. Este mismo proceso, que llevó a cabo Evo Morales, es un factor que lo hermana con el Ejército boliviano, pese a otras desavenencias¹⁷. No es casualidad que les haya encargado a los militares que tomaran los pozos gasíferos, y no a la policía, a quienes les correspondía asumir esa tarea, ni que se hayan trasladado las deliberaciones de la Asamblea Constituyente a un cuartel militar, cuando el conflicto interno llegó a su momento álgido en 2007. Hasta una dictadura militar derechista, como la de Pinochet en Chile, se opuso a la privatización de la Corporación Nacional del Cobre (Codelco), principal empresa estatal chilena, que sugerían sus ministros neoliberales.

Por su nacionalismo, los militares y los partidos que ellos dirigen, se oponen férreamente a cualquier intento autonomista, que ven como una amenaza gravísima a la integridad de la nación. Esto ocurre respecto a las demandas regionalistas en Santa Cruz en Bolivia, el estado de Zulia en Venezuela, y de Guayaquil y algunas comunidades indígenas en Ecuador. Estas exigencias se mezclan con la oposición política a los gobiernos izquierdistas en estos tres países, lo que es más evidente en el caso boliviano. La oposición a las autonomías regionales es un punto de convergencia entre las Fuerzas Armadas y los gobiernos izquierdistas, lo que se mezcla con la defensa del Estado por parte de la izquierda latinoamericana, que lo visualiza como un contrapeso al neoliberalismo que debilita las estructuras estatales.

Su nacionalismo es lo que hace a los militares tan susceptibles a la motivación política por

¹⁷ El gobierno boliviano implementó como lema la consigna socialista "patria o muerte: venceremos". En una visita oficial a Bolivia en 2010 la guardia presidencial respondió con silencio, cuando el presidente Chávez gritó el nuevo lema.

parte de los civiles. Los uniformados, con su autoasignado rol de defensores de la patria, no pueden permanecer al llamado del pueblo (por más que sean unas cuantas personas) que les piden intervenir. Por eso, para ellos, la defensa de la patria justifica su insubordinación, sin importar la legitimidad del régimen, que ellos juraron defender. Los civiles tienen muchísima responsabilidad en la intervención militar en la política latinoamericana. Casi todos los partidos políticos de la región, indistintamente de su posición ideológica, en un momento dado de su historia han ido a tocar las puertas de los cuarteles. Esto se repite repasando los últimos casos analizados.

En Paraguay ni siquiera existía una diferencia entre el otrora hegemónico Partido Colorado y las Fuerzas Armadas. Como ministro de defensa Oviedo era el representante de las demandas militares en el gobierno. Cuando vio postergada su intención de ser el candidato oficialista en las próximas elecciones, usó al Ejército para reclamar por su derecho. La izquierda venezolana, derrotada militarmente en los años 60', comenzó a captar a oficiales proclives a sus ideas desde los años 70', uno de los cuales fue Hugo Chávez. Hasta poco antes del golpe de 1992 se mantuvo esta relación (Garrido 1999 y 2002). En Ecuador, la dirigencia indígena y la izquierda fueron a tocar la puerta de los cuarteles para derrocar a Mahuad, y conversaron, por separado, con el alto mando, los comandantes y los capitanes (Dieterich 2001). Pese a la traición que sintieron por parte de los coroneles, cuando éstos entregaron el poder a los generales, la izquierda y el movimiento indígena respaldaron en las urnas al coronel Gutiérrez en 2003. En el golpe de Estado hondureño en 2009 se supo de cartas de Roberto Micheletti, que asumió la presidencia

interinamente, al general Vásquez instándolo a actuar en defensa de la Constitución y contra los vendepatria (Radio Mundial 2009).

Narcisos con uniforme

Por el riesgo implícito de operar con armas, y el sacrificio de trabajar en lugares aislados, los militares estiman que tienen un espíritu de sacrificio, que demuestra su real interés patriótico, completamente ausente en los políticos civiles, proclives a la corrupción y a las mezquindades partidistas. Esto es lo que denominamos “narcisismo institucional”, adaptando la teoría del “narcisismo colectivo” que propone Erich Fromm (1986). En síntesis, esta idea se basa en que los militares creen que son las instituciones mejor preparadas dentro de las estructuras estatales en las cuales están inmersos. Por ende, desde la óptica castrense es casi una consecuencia natural intervenir en los asuntos de Estado, cuando los políticos civiles no son capaces de gobernar el país. No hacerlo equivale a traicionar a la Patria misma.

La crítica militar a la civilidad radica en el repudio militar hacia la demagogia y la politiquería. La siguiente cita de un oficial peruano refleja claramente esto:

Pero si la Fuerza Militar ha tomado la preponderancia política que todos conocemos, descuidando su propia función, no ha sido por culpa de los militares, sino de la falta de capacidad y seriedad de los dirigentes políticos que, sin autoridad, prestigio ni disciplina, hicieron que la autoridad militar, que debería estar subordinada a la civil, fuera la única fuerza existente, la única organizada y, así, el único respeto de mando y de ejecución que tenían los gobiernos débiles y “democráticos” para hacerse obedecer, y aún para que otros sectores antagónicos conquistaran el Poder (Fernández 1987:20).

De estas percepciones, los militares llegaron a la conclusión de que poniendo fin a la política civil se podría conseguir la modernización, el desarrollo económico y la estabilidad social. Esta premisa fue una gran justificación para los golpes de estado militares, tanto de derecha como de izquierda (Davies y Loveman 1997).

El desdén militar a la civilidad implica que siempre esté presente una desconfianza hacia los políticos civiles, cuando trabajan juntos en proyectos políticos. Muchas veces intentan marginarlos de la toma de decisiones, para confiarles únicamente las labores de proselitismo. Varios indicios señalan que el comandante Chávez quiso dejar de lado a los civiles en el fracasado alzamiento de 1992. “Los civiles estorban. Después que lleguemos al poder los vamos a llamar” (Garrido 1999). Años más tarde Chávez explicó que la marginación de los civiles se debe a que “no quisieron, otros porque no pudieron, y otros porque no supieron” (Garrido 1999). Ya en el poder, el caudillo oriundo de Barinas dejó en manos de los militares sus ambiciosos proyectos sociales. El propio término de “misión” que le otorgó a sus programas sociales tiene un sentido militar: conseguir un determinado objetivo. Hasta en la educación el régimen chavista amplió la influencia militar, fortaleciendo a la Universidad Nacional Experimental Politécnica de la Fuerza Armada Bolivariana (UNEFA), y convirtiéndola en el ente de educación superior más grande del país.

En Ecuador, en el alzamiento que derrocó al presidente Jamil Mahuad en 2001, los mandos medios terminaron entregando el poder al alto mando (lo que indica la tendencia militar a obedecer a los superiores), sin consultar a la

Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE), que participó con ellos en las movilizaciones (Barrera 2001). Mientras en Perú, durante la insurrección de Andahuaylas de 2005, los etnocaceristas no quisieron tener ningún respaldo de índole civil (entrevista con Alicia Jiménez, dirigente del movimiento). Valga decir que el desprecio hacia la civilidad tiene su correlato en el desprecio de los civiles hacia los militares, los que son considerados carentes de inteligencia, sin imaginación y matones.

Conclusiones

La participación militar en la política latinoamericana sólo puede verse como un peligro para el desarrollo democrático de la región. Al involucrar a las Fuerzas Armadas en las políticas públicas es muy difícil marginarlas de la toma de decisiones. Más allá de la negación al principio de apoliticidad de los órganos castrenses que esto implica, el principal peligro está en las propias experiencias históricas, que demuestran que cuando los militares son invitados a participar en política es muy complicado devolverlos a sus cuarteles. Con una larguísima tradición de injerencia militar en el continente, por más que el sistema democrático se solidifique, los militares seguirán siendo actores en la política de América Latina. Puede que la carta golpista pierda efecto, como el trampolín electoral que le sirvió a Chávez, Gutiérrez y Humala, pero nuevos oficiales saltarán de los cuarteles al terreno político. Algo similar a lo ocurrido históricamente en Estados Unidos con Eisenhower, Colin Powell y el general Wesley Clark, precandidato presidencial demócrata en las elecciones presidenciales de 2003.

La experiencia de Otto Pérez Molina puede ser muy alentadora a futuro: un oficial de una carrera impecable, que se mantuvo en una postura institucionalista (ayudó a restablecer el orden público tras el autogolpe del presidente Jorge Serrano en 1993), y solamente con su pase a retiro abrazó la política contingente. Ante el desprestigio del gobierno de Colombia es muy probable que Pérez Molina lo suceda en 2012. Las figuras de Pérez Molina en Guatemala, Oviedo en Paraguay, Rico en Argentina, Gutiérrez en

Ecuador, Humala en Perú y Chávez en Venezuela, dejan constancia que en el mundo castrense existe una diversidad política-ideológica análoga a la que existe en la civilidad. Dado que durante toda la historia la oficialidad politizada, tanto de izquierda como de derecha, se ha organizado clandestinamente en logias, nada hace pensar que esto haya cambiado. Es muy probable que en muchos países latinoamericanos existan logias militares, prestas para volver a intervenir en política cuando la situación lo requiera.

Bibliografía

Alcántara, M. 1991. "Sobre el concepto de países en vías de consolidación democrática en América Latina". *Estudios Políticos* 74: 113-130. En línea, disponible en: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=27139> (visitado junio de 2011).

Barrera, A. 2001. *Acción colectiva y crisis política: el movimiento indígena ecuatoriano en los noventa*. Quito: Editorial Abya-Yala.

Buttó, L. 2005. "Nuevo profesionalismo militar de seguridad interna y desarrollo nacional e intervención política de militares populistas en Venezuela". *Militares y poder en Venezuela: ensayos históricos vinculados con las relaciones civiles y militares venezolanas*. Langue, F.; Irwin, D. (Eds.). Caracas: Universidad Católica Andrés Bello. 139-178.

Córdova, A. et al. 2010. "Los valores democráticos en tiempos difíciles". *Cultura política de la democracia 2010: Consolidación democrática en las Américas en tiempos difíciles*. Smith, A.; Seligson, M. (Eds.). Nashville: Vanderbilt University-Latin American Public Opinion Project (LAPOP)-Americas Barometer. 29-54.

Clausewitz, K. 1999. *De la Guerra*. Barcelona: Editorial Idea Books.
Davies, T.; Loveman, B. 1997. "The politics of antipolitics". *The Politics of antipolitics: the Military in Latin America*. Davies, T.; Loveman, B. (Eds.). Delaware: SR. Books. 3-14.

Dieterich, H. 2001. *La Cuarta Vía al Poder: Venezuela,*

Colombia y Ecuador. Ciudad de México: Editorial Quimera.

Fernández, J. 1987. *Fuerza Armada: problema nacional*. Lima: Editorial Punto Rojo.

Freud, S. 1995. *Obras completas. Vol. XVIII*. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.

Fromm, E. 1986. *Anatomía de la destrucción humana*. Ciudad de México: Editorial Siglo Veintiuno.

Garrido, A. 1999. *Guerrilla y conspiración militar en Venezuela*. Caracas: Editorial Fondo Nacional.

_____. 2002. *Testimonios de la Revolución Bolivariana*. Caracas: Ediciones del autor.

Méndez, C. 2006. "Las paradojas del autoritarismo: ejército, campesinado y etnicidad en el Perú, siglos XIX al XX". *Iconos* 26: 17-34. En línea, disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/509/50926002.pdf> (visitado diciembre del 2009).

Nueva Radio. 2009. "Pronunciamiento: Grupo de Oficiales Superiores y Subalternos denuncian politización de las Fuerzas Armadas de Honduras" (30 de julio). En línea, disponible en: <http://tr-honduras.nuevaradio.org/?p=33> (visitado abril del 2010).

Radio Mundial. 2009. "Una carta demuestra que Micheletti presionó a FFAA para ejecutar el golpe" (16 de julio). En línea, disponible en: <http://www.radiomundial.com.ve/yvke/noticia.php?28769> (visitado abril del 2010).